



Crónica Popular

Suplemento CELAC nº 4

CHILE 40 AÑOS DESPUES

MARTA
HARNECKER:
El Socialismo
del siglo XXI

La izquierda reformista y la izquierda revolucionaria durante el Gobierno de la Unidad Popular

Las tensiones, los roces y los escasísimos enfrentamientos verbales o de hecho entre la izquierda revolucionaria y los partidos de la UP nunca fueron un factor de desestabilización del gobierno de Allende

Ricardo Parvex

PERIODISTA Y PROFESOR.
VICEPRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN DE EX PRESOS
POLÍTICOS CHILENOS - FRANCIA
)

El sindicalismo obrero y el movimiento socialista existen en Chile desde los albores del siglo XX. Con el transcurrir del siglo, la actividad minera y la naciente industrialización contribuyeron a aumentar rápidamente la masa asalariada y proletaria y con ello a acrecentar la necesidad de un movimiento socialista organizado. Desde muy temprano, los sindicatos y las mancomunales (1) obreras dieron nacimiento a los primeros gérmenes de partidos políticos siendo la Federación Obrera de Chile (FOCH), fundada por Luis Emilio Recabarren en 1912, la primera fuerza política de izquierda realmente estructurada en el país. El Partido Comunista

erales nacido a mediados del siglo XIX - el PS y el PC formarán el Frente Popular que, siguiendo el ejemplo de Francia y España, ganará las elecciones presidenciales de 1938. La presidencia de Pedro Aguirre Cerda, primer gobierno de centro-izquierda de la historia de Chile, marcará una profunda huella en la conciencia del pueblo chileno. Una alianza pluriclase, laica y progresista era posible, la Unidad Popular lo confirmará.

La Guerra fría comenzada inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial trajo como consecuencia la ley de "defensa de la democracia" que, votada por presión de los Estados Unidos a finales de los años 40, ilegalizó al Partido Comunista sacándolo del juego electoral. Pese a ello el PS construyó con el electorado del PC un frente que, en 1952, sostuvo la primera candidatura de Salvador Allende a la presidencia de la República. Durante toda la primera



La elección en 1964 del demócrata-cristiano Eduardo Frei Montalva y su "Revolución en libertad"; y la tercera derrota electoral de Allende, marcan profundamente el curso de la política chilena



mitad del siglo XX, la única expresión política de la izquierda chilena fue la ejercida por el PS y el PC. Los reducidos grupos trotskistas, anarquistas y otros, jamás tuvieron relevancia en el quehacer político nacional.

La Revolución cubana y la mutación de los años sesenta

Durante los años sesenta, dos hechos vinieron a cambiar radicalmente el curso de la política chilena. Acaecidos en la primera mitad de esa década las consecuencias sólo se harían sentir hacia sus postrimerías. El primero de ellos fue la Revolución cubana, acontecimiento político que sacudió como un terremoto toda la América Latina. El segundo fue, en Chile, la elección en 1964 del demócrata-cristiano Eduardo Frei Montalva y su "Revolución en libertad". Réplica reformista inspirada en la "Alianza para el Progreso" lanzada por la administración Kennedy que será levantada como la alternativa democrática a la amenaza socializante venida de La Habana.

Ese año, la tercera derrota electoral de Allende vino a confirmar, en los sectores más radicales del Partido Socialista y de la izquierda, que la vía electoral constituía un camino cerrado a las esperanzas populares. Frente a ellos se levantaba el ejemplo cubano que, por primera vez en la historia de la América latina, había dicho ¡Basta!, rompiendo violentamente con la potencia norteamericana y revolucionando - de arriba abajo - la realidad de la isla. La izquierda extraparlamentaria "guevarista" (que se hizo llamar "revolucionaria" por oposición a la reformista) va a

emerger durante los meses que seguirán a la tercera derrota electoral de Allende.

Ella va a reunir una buena parte de los grupúsculos radicales existentes hasta ese entonces y, por primera vez va a tener un modelo que oponer al modelo "estaliniano" y pro-moscovita del PC chileno. El parte de nacimiento del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) está fechado en agosto de 1965, menos de un año después del triunfo electoral de la Democracia Cristiana de Eduardo Frei Montalva, frente al Frente de Acción Popular (FRAP) encabezado por Salvador Allende.

La ola de guerrillas o sus tentativas desatadas por ese mismo modelo cubano a través de América Latina (Argentina, Bolivia, Colombia, Guatemala, Perú, Venezuela...) no dejó insensible a la izquierda revolucionaria chilena que empezó a proponerse muy seriamente la "vía armada al socialismo". La guerrilla rural "a la cubana" fue, desde el comienzo, un difícil desafío en un país mayoritariamente urbano y de vieja tradición electoral. Pese a ello, el MIR se desarrolló poco a poco al ritmo de los conflictos estudiantiles y sociales que caracterizaron el final de los años sesenta. La trágica muerte del Che Guevara en Bolivia en 1967, lejos de desanimar el fenómeno "guerrillero", constituyó un estímulo moral sumado a una cierta visión heroica de la política.

El movimiento estudiantil del 68 en Europa (Berlín, París, etc.) y las movilizaciones contra la guerra de Vietnam en Estados Unidos ayudaron indirecta, pero



eficazmente al crecimiento de la izquierda revolucionaria chilena. Se vivía un tiempo de ruptura, movimiento y revuelta, época que el cineasta francés Chris Marker resumiría en el título de su célebre película "El fondo del aire es rojo" (1977).

Logros, frustraciones y fracasos de la "Revolución en libertad"

Inquieta de un posible triunfo de Allende y carente de alternativa electoral, en 1964, la derecha aplicó la política del mal menor apoyando la elección de Eduardo Frei. Elegido por una abrumadora mayoría, el gobierno tuvo las manos libres para impulsar las reformas económicas y sociales prometidas en el programa de su "Revolución en libertad", creada con la ayuda de Washington como una respuesta pacífica y democrática al régimen de La Habana. La experiencia de la Democracia Cristiana chilena adquirió entonces una dimensión continental y se transformó en el antídoto contra-revolucionario. Esa situación exacerbó la oposición de izquierda al gobierno de la DC y contribuyó a radicalizar a los sectores de la izquierda extraparlamentaria.

La vasta ola de reformas impulsada por Frei Montalva tuvo como resultado la promoción de numerosos sectores populares, pero engendró, en otra gran mayoría, no favorecida por estos cambios, aspiraciones a las que la DC fue incapaz de responder.

La reforma agraria, la reforma y la urbanización de barrios de chabolas, la ley de Juntas de vecinos, la reforma educacional, la ley de sindicalización campesina, etc., constituyeron innegables progresos sociales entregando un comienzo de protagonismo político a importantes capas de la población. Sin embargo, desataron al mismo tiempo una dinámica de participación popular que rápidamente escapó de las manos a la DC saliendo del estricto cuadro fijado

por la "Revolución en Libertad". La frustración y el desencanto político de sectores hasta ese momento afines del gobierno, en particular aquellos imbuidos de la doctrina social cristiana, provocaron el desgaje por la izquierda de dos corrientes de la DC, el MAPU y la Izquierda Cristiana que se sumaron al amplio frente que constituyó la Unidad Popular.

Pese a su moderación, la "Revolución en Libertad" no permitió tranquilizar a los sectores más conservadores del país que, desde las ruinas donde se hallaban, trataban a Frei de "Kerensky (2) chileno", acusándolo de desencadenar un espiral de reformas que abrirían el insaciable apetito de las clases populares.

Surgimiento de la Izquierda revolucionaria en la escena política

Compuesto mayoritariamente por jóvenes venidos de las capas medias intelectuales (pequeña burguesía), decepcionados de la "inacción" de grupos como la Juventud Radical o la Juventud Socialista, en los años 68 y 69, el MIR carecía casi totalmente de presencia obrera y campesina. Sin embargo, sus dirigentes estaban convencidos que lo que su origen no les daba, se lo daría su activismo, sumado a los vientos revolucionarios que, por esos años, parecían soplar sobre la faz de la Tierra. En efecto, el alza de la ofensiva revolucionaria en diversos puntos del planeta (Vietnam, Laos, Revolución cultural china, etc.) y la aparición de nuevas formas de lucha en el continente americano (Tupamaros en Uruguay, guerrilla urbana y secuestros de personalidades en Brasil y en Guatemala, consolidación de la guerrilla colombiana, etc.) contribuyeron a estimular y, de alguna manera, a legitimar las posiciones más radicales de la izquierda revolucionaria chilena.

En ese marco, el MIR lanzó una serie puntual de

acciones armadas de reducida envergadura, pero espectaculares e inéditas hasta entonces en Chile, tal como asaltos bancarios (expropiaciones) y ocupación de terrenos periurbanos con los "Sin casa". Poco a poco y sin necesariamente declararlo, el MIR dejaba de lado la "lucha armada" y la reemplazaba por acciones de "propaganda armada" (por ejemplo, reparto de leche "expropiada" en supermercados a habitantes pobres...). Esa presencia espectacular acompañaba sus esfuerzos por penetrar sectores populares con el fin de crear frentes de masas afines. Ardua tarea dada la fuerte implantación de socialistas y comunistas en los barrios humildes más dinámicos. Esa era la situación de la izquierda revolucionaria al momento de la elección de Salvador Allende.

Apoyo crítico y no participación gubernamental

El triunfo de la vía electoral para acceder a un gobierno socialista constituyó un revés inmediato, para las tesis miristas de lucha armada y guerra revolucionaria prolongada. Pese a que el MIR no hizo campaña por Allende, su dirección dejó libertad a la militancia para decidir en conciencia. No existen estadísticas al respecto pero no es difícil suponer que los militantes de la izquierda revolucionaria que no se abstuvieron, votaron por la Unidad Popular.

La victoria electoral de Allende atrajo a las organizaciones sociales hacia el PS y PC y legitimó el método electoral del "allendismo". Sin embargo, las relaciones políticas entre el presidente electo y el MIR nunca fueron tensas o conflictivas y, desde el comienzo, se estableció una suerte de cooperación oficiosa. Apenas Allende asumió su mandato amnistió a todos los presos políticos miristas encarcelados durante el régimen de Eduardo Frei Montalva. La medida fue facilitada por el hecho que ninguno de estos había sido acusado de crímenes de sangre. Por su parte, el partido revolucionario puso a la disposición del Presidente electo su novel aparato de seguridad y sus nacientes servicios de información.

El MIR sostenía que lo que la UP había conquistado electoralmente no era el PODER sino sólo una fracción, el poder ejecutivo. Que al lado del Presidente, sus ministros y una parte de la administración, ahora en manos de la izquierda, no se podía contar con el poder judicial, con el poder legislativo, con la burocracia administrativa ni aun menos con las Fuerzas Armadas, todos enclaves en manos de las clases dominantes y de sus aliados de Washington. Mientras esa distribución del poder se mantuviera, nada estaría zanjado verdaderamente y los enemigos de Allende y la UP harían de ella un punto de apoyo para la contraofensiva y la sedición.

Según la Izquierda revolucionaria, la única solución frente a este peligro consistía en movilizar a las masas populares detrás de sus intereses directos. Frente al boicot de la agricultura por parte de los terratenientes, acelerar las expropiaciones de tierras y la

organización de consejos campesinos. En respuesta al

acaparamiento de alimentos y de productos de primera necesidad, entregar los grandes sistemas de distribución a las organizaciones populares (juntas de vecinos, organizaciones barriales, etc.). Frente a la huelga y al sabotaje de los camioneros, requisición de camiones y entrega a choferes sin trabajo. En respuesta a las tentaciones sediciosas de ciertos sectores de las Fuerzas Armadas, dar derecho a voto a la suboficialidad y a los soldados y vigilar estrechamente a los oficiales golpistas, etc.

Al sostener esa posición, efectivamente el MIR pudo en ciertos momentos representar un peligro de "radicalización" del programa de la UP, pero sin ocupar puestos de gobierno, sus dirigentes y militantes fueron de un extremado cuidado en no sobrepasar los límites que pudieran dañar el quehacer gubernamental. En respuesta a esta nueva etapa de la historia política chilena, el MIR suspendió todo tipo de acción armada y se volcó al trabajo de masas.

Dos sectores concentraron su esfuerzo de agitación, aunque trató de estar presente por doquier, las comunidades mapuche del sur de Chile y los numerosos barrios periféricos de las grandes ciudades donde se agrupaban los "allegados" y los sin casa. El proletariado industrial, el campesinado organizado, los sindicatos de obreros, ligados desde muy antiguo al PS y al PC e incluso a las fracciones salidas de la DC (MAPU e Izquierda Cristiana), constituyeron franjas bastante impermeables a la influencia del MIR, al menos antes del 1973. La agudización de la situación hizo que en los meses que antecedieron al Golpe de septiembre del 73, nacieran los Cordones industriales, especie de soviets a la chilena en los cuales la izquierda revolucionaria y sus aliados socialistas y cristianos progresistas adquirirían una influencia determinante.

La influencia ejercida por el método fuerte y el lenguaje político innovador practicados por la izquierda revolucionaria atrajo en parte a ciertas corrientes del Partido socialista creando lo que se dio en llamar "los dobles militantes". Ese fenómeno fue imposible con el PC dado su disciplina centralizada y su carencia absoluta de juego político interno. En el caso de los comunistas por el contrario, el crecimiento y desarrollo del MIR no hizo más que exacerbar las tendencias autoritarias y hegemónicas, aplicadas a cualquier iniciativa que escapara a la línea definida por su Comité central. Situación que alcanzó su clímax y su desenlace más lamentable cuando en diciembre de 1970 (un mes después de que Allende había asumido el gobierno) un grupo de autodefensa del PC mató a un dirigente estudiantil mirista de la Universidad de Concepción.

La política exterior norteamericana y no la izquierda revolucionaria: el verdadero factor del Golpe

Las tensiones, los roces y los escasísimos enfrentamientos verbales o de hecho entre la izquierda revolucionaria y los partidos de la UP nunca fueron un factor de desestabilización del gob-

iermo de Allende. Eso a pesar de los denodados esfuerzos de la prensa y los medios de oposición por enfrentar permanentemente ambos sectores. Ninguna visita del presidente a barrios o regiones con fuerte presencia mirista concitó contramanifestaciones, abucheos o demostraciones de rechazo. Podían constatarse eso sí, peticiones y hasta exigencias de parte del público, pero en el marco del gran respeto y la enorme admiración que el pueblo sentía por el “Compañero-Presidente”.



Nixon y Kissinger determinaron que había que “terminar con ese hijo de p...”: Allende

Este apoyo crítico y hasta podríamos llamar desconfiado que la izquierda revolucionaria entregó a Salvador Allende no fue jamás un elemento de sabotaje o de debilitamiento del régimen, bien por el contrario. Eso no impidió a la Democracia Cristiana, principal enemigo de la Unidad Popular o a la derecha y extrema derecha, enemigos naturales de la Izquierda, de tratar de utilizar al MIR como espantapájaros, “diabolizando” cada una de sus declaraciones o de sus acciones. Con ello intentaban aterrorizar a los sectores más vacilantes de las clases medias o a los más crédulos e ignorantes de los “apolíticos”.

Pese a los millones de dólares gastados por la CIA en esa empresa de pánico provocado, a cada elección desde 1970 a 1973, la Unidad Popular y el “Allendismo” incrementaron sistemáticamente su capital electoral. Casi podría decirse que fue el éxito de la izquierda (que sin llevar candidatos propios, el MIR apoyó oficialmente) en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 lo que terminó de crear las condiciones del golpe militar. Hasta ese desafío electoral la oposición DC-derecha esperaba imponerse masivamente y apabullar a la UP y con ello destituir a Allende en el congreso sin necesidad de las armas. Su victoria democrática condenó la UP a morir a manos de los partidarios de la “vía armada” que paradójicamente no pertenecían a la izquierda sino a los “defensores de la democracia”.

La tragedia de intentar el socialismo democrático en el patio trasero de los Estados Unidos

No, no fue un supuesto enfrentamiento entre una izquierda reformista y una izquierda revolucionaria lo que fragilizó al gobierno de Salvador Allende. La suerte del gobierno popular estaba echada desde mucho antes y por adversarios ¡oh cuanto más poderosos! que los sectores chilenos de la izquierda revolucionaria. Su suerte estaba sellada desde el momento en que en el marco de la Guerra fría, la pareja Kissinger-Nixon determinó que - hablando de Allende - había que “terminar con ese hijo de p...”

Corrían los primeros días de septiembre de 1970 y la UP acababa de ganar las elecciones presidenciales. Desde hacía mucho que Washington había decidido que no habría una segunda Cuba en su continente. Territorio que el reparto del mundo establecido en Yalta había dejado bajo su tutela y hegemonía.

Frente a la oposición de René Schneider, General en jefe del ejército, de apoyar las tentativas de la CIA para impedir la confirmación de Allende por el Congreso, en octubre de 1970 - los servicios norteamericanos - con la participación activa de su embajada en Santiago, organizaron el atentado que le costó la vida. No fue ni la

Izquierda ni el MIR quienes atentaron contra el orden establecido y contra las autoridades. Tampoco fueron ellos quienes hicieron correr la primera sangre...

Decir que fueron las luchas intestinas al interior de la UP las que socavaron las bases de su gobierno es un grosero error. Afirmar que la actitud del MIR contribuyó a la caída de Allende constituye una falacia intencionada. Todos esos argumentos, frutos de la ignorancia o de posiciones arbitrarias e interesadas, nada tienen que ver con la verdadera historia del periodo. Ellos sólo permiten exonerar a los verdaderos responsables del fin trágico de esta experiencia política, la intervención norteamericana y las clases dominantes chilenas.

La Unidad Popular fue una creación preñada de futuro y por tanto peligrosa: establecer un gobierno socialista, democrático salido de las urnas, apoyado por una vasta alianza pluriclasista rica de una gran apertura ideológica y compuesta de clases medias, obreros, campesinos, cristianos, masones, marxistas. Ese modelo constituía un ejemplo democrático peligroso que podía contaminar a América latina y escapar al control de Washington y que, en consecuencia, había que erradicar. La nacionalización de las compañías norteamericanas del cobre tenía su costo y ese precio fue para el pueblo de Chile un terrible precio de sangre.

Notas:

1. Las Mancomunales obreras eran organizaciones de educación popular y mutuales de ayuda recíproca. Primeros embriones de sindicatos.
2. Premier ruso que dirigió Rusia justo antes de la Revolución bolchevique de octubre 1917



Filmando un golpe de estado

El golpe no fue una sorpresa. Llevábamos meses esperándolo. Todas las noches al despedirnos habíamos sustituido el tradicional “hasta mañana si dios quiere” por “hasta mañana si el golpe lo permite”.

José Juan Bartolomé
PERIODISTA Y DIRECTOR DE CINE DOCUMENTAL.
AYUDANTE DE DIRECCIÓN DE “LA BATALLA DE CHILE”

No éramos los únicos. Días antes, cuando Patricio había ido a solicitar un permiso para rodar vistas aéreas de Santiago desde un helicóptero - supuestamente para un spot publicitario, la película que estábamos rodando oficialmente no existía - el oficial le había preguntado ¿Por qué no esperan hasta después del Golpe que estará todo más tranquilo?

El rodaje estaba previsto para el 11 de septiembre. Nunca llegamos a tomar las vistas aéreas.

Éramos un pequeño equipo, cinco personas, y llevábamos trabajando juntos desde las elecciones de marzo.

Patricio Guzmán, el director, había rodado dos años antes un largometraje documental, “El Primer año”, que había tenido muy buena acogida y se había visto en Europa. Cuando Patricio se propuso rodar una segunda parte de aquel documental, Chris Marker, posiblemente el realizador de documentales en activo más importante del mundo en aquel momento, organizó un pequeño grupo de amigos para conseguirle el material virgen - película en 16mm y cintas de audio - para poder hacerlo.

Junto a Patricio, estábamos, como jefe de producción, Federico Elton, un arquitecto cuya afición por el cine le había apartado de su primera profesión a la que luego finalmente volvería años más tarde; como director de fotografía y operador de cámara, Jorge Muller, que luego sería dolorosamente uno de los “desaparecidos” de la dictadura de Pinochet; como sonidista, Bernardo Menz, con el que luego yo volvería a trabajar en “Después de...” y cuyo nombre aparece como responsable del sonido directo de numerosas películas españolas de los años ochenta incluyendo un premio Goya al mejor sonido directo.

Por mi parte, yo fui el último en incorporarme al equipo. Patricio y yo habíamos sido amigos y compañeros en la Escuela Oficial de Cine de Madrid, donde Patricio estaba un curso por delante de mí y donde yo había sido su ayudante de dirección de su práctica de fin de carrera.